

BYRSA

RIVISTA SEMESTRALE
DI ARTE, CULTURA E ARCHEOLOGIA
DEL MEDITERRANEO PUNICO



ANNO VI
1-2/2007

ESTRATTO

ΠΩ

POLIS EXPRESSE

LOS LIBROS PÚNICOS DE CARTAGO: A LA BÚSQUEDA DE UN SABER PERDIDO

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ

1. INTRODUCCIÓN

Suele considerarse que la pérdida de un libro representa un hecho trágico e imposible de subsanar para el conocimiento de la Humanidad. Cuánto más si en lugar de un libro hablamos de cientos, tal vez miles, destruidos irremisiblemente por el paso del tiempo. Así, la quema de la célebre Biblioteca de Alejandría ha sido valorada como una auténtica catástrofe que nos ha privado de conocer obras y autores de los que, muy posiblemente, en no pocas ocasiones nunca tengamos noticia alguna sobre ellos. Aunque mucho menos popular no fue ésta, sin embargo, la única destrucción que hemos de lamentar en la Antigüedad, pues la conquista romana de Cartago provocó, como en Egipto, los mismos efectos en las colecciones celosamente guardadas durante siglos en dicha ciudad.

En efecto, las fuentes grecorromanas nos hablan de unos *libri punici* salvados *in extremis* del saqueo e incendio a que fue sometida la urbe durante varios días por las legiones de Escipión el Africano en la primavera del año 146 a.C. (Lancel 1994: 325). ¿Cuál era el contenido de dichos libros?, ¿quiénes fueron sus autores?, ¿qué sucedió con ellos? o ¿se ha conservado algo de los mismos? son preguntas que siguen sin tener una respuesta precisa. Aún así, tal vez podamos hacernos una idea, siquiera aproximada, de lo que fueron estas colecciones, o al menos una parte de las mismas, si tenemos en cuenta las traducciones y comentarios que sobre estos escritos hicieron aquellos que estaban en la órbita de los vencedores, es decir, tanto los propios romanos como sus aliados, especialmente los monarcas númidas.

Al igual que sucede con otras bibliotecas del mundo antiguo, en nuestro caso la realidad se confunde con la leyenda y los silencios interesados (Jevenois 2000: 27-28). A pesar de sus logros en la invención del alfabeto, lo cierto es que apenas nos ha llegado nada de la literatura fenicia, algo que podemos hacer extensible a su colonia más destacada, Cartago, extremo que sin duda dificulta aún más nuestro intento. Sin embargo, ello no es obstáculo para que en la actualidad quede fuera de duda que los fenicios tuvieron una rica producción literaria heredera del pasado cananeo, de la que obras como las redactadas por Filón de Biblos o Menandro de Éfeso son tan sólo un pálido reflejo (Lemaire 1986: 217-18).

Como decimos, al menos desde la época ugarítica estas comunidades contaban con escritos de temática muy diversa, en tanto que ya en las postrimerías del II milenio a.C. nos consta la existencia de anales reales como nos certifica el conocido relato de Wen-Amón (Lemaire 1986: 217), tema al que también remite Flavio Josefo cuando alude a los anales fenicios o tirios que supuestamente habría consultado (*C. App.* I, 106-107; VII, 155-160; *Ant. Jud.* VIII, 55-56, 144; IX, 283). Igualmente contamos con el testimonio de Heródoto (*Hist.* II, 49; V, 58), quien nos habla acerca de unos libros de Biblos y de una Historia de Tiro depositada en el templo de Hércules-Melqart de esta última ciudad. Además, es posible encontrar algunos retazos de la influencia ejercida por estos escritos de Ugarit en algunos libros bíblicos, como pueden ser el Génesis o Ruth, en los que podemos hallar restos de composiciones poéticas de temática religiosa, así como otras de índole política con un marcado perfil propagandístico, sin que debamos olvidar los tratados de naturaleza filosófica (Moor 1988: 152-65; Garbini 1991: 490-91). Recordemos, por último, la alusión hecha por Rufo Festo Avieno (*O.M.* v. 414) sobre la existencia de viejos anales púnicos de los que habría extraído sus informes sobre el periplo de Himilcón.

Así pues, debemos concluir que, dado que existieron estos escritos fenicios, debieron ser debidamente conservados y custodiados en algún espacio físico, máxime si tenemos presente la fuerte tradición que en este sentido existió en la antigua Mesopotamia desde tiempos muy antiguos. Veamos ahora la información que tenemos sobre el caso cartaginés, en el que debemos tener muy en consideración tanto los aportes propios de la metrópolis como aquellos que, provenientes de otros ámbitos culturales, pudieron afectarle una vez Cartago se había convertido en una potencia norteafricana y centro-mediterránea.

2. LAS BIBLIOTECAS DE CARTAGO

¿Cómo podía ser el lugar, o lugares, donde se guardaban estos libros?. Algunos investigadores han propuesto, basándose en un texto de Plinio (*N.H.* XVIII, 22-23), la existencia de auténticas bibliotecas en Cartago (Lancel 1994: 326). Justamente en este sentido cobra particular interés la interesante pregunta que se hace V. Krings (1990: 115) sobre si estas colecciones respondían a modelos mesopotámicos, como ejemplificaría la creada por el monarca asirio Asurbanipal en el siglo VII a.C., o bien se basaban en los postulados helenísticos emanados del importante foco alejandrino.

Aunque hasta el momento no tenemos constancia arqueológica alguna de los archivos estatales allí construidos, sí nos han llegado restos de otros archivos, en esta ocasión adscribibles a instalaciones religiosas, que pueden darnos una idea sobre cómo podía ser este lugar. En concreto nos referimos a un templo dedicado a los dioses Baal y Tanit que también fue saqueado y ardió en el incendio del año 146 a.C. (Berges 1998: 111-13). En su interior, más exactamente en lo que fue un patio cercano a una nave con estrechas estancias laterales dispuestas a ambos lados, se encontraron bajo los escombros provocados por la destrucción más de cuatro mil bulas de arcilla con iconografía egipcia y griega, las cuales habían sido utilizadas para sellar documentos escritos sobre papiros. Estos últimos eran enrollados hasta formar un pequeño tubo que era aplanado longitudinalmente y envuelto de nuevo con hilo; finalizada esta operación se colocaba una pequeña pella de arcilla sobre la que se imprimía el sello, en este caso concreto dos pues se trata de contratos, y que aún era atada con otro hilo. Con posterioridad se añadía a cada documento una corta anotación sobre el tipo de contrato, personas involucradas, etc., siendo guardados en cajas o estantes de madera.

Aunque obviamente este hallazgo ejemplifica un caso que por sus peculiaridades necesita de un doble sellado, puesto que se trata de archivar contratos entre dos partes, creemos que dicho sistema puede mostrarnos bastante bien la forma en la que los cartagineses custodiaban sus famosos libros, sobre todo si tenemos presente que se trata de un archivo contemporáneo de su famosa destrucción. Así mismo, podemos apreciar que no es necesario un gran espacio físico como almacén, algo similar a lo que acontece en otros archivos helenísticos conocidos, si bien su estructuración y diseño parece responder más bien a modelos egipcios y orientales (Berges 1998: 111).

Conocemos, además, varias *bullae* localizadas en tumbas del sector de Santa Mónica en la propia ciudad de Dido (Belmonte 2003: 357), así como otros centenares de *bullae* similares a éstas que han sido descubiertas en diversos ámbitos. Así, en Fenicia se encuentran en la región de Tiro desde el siglo VI a.C., fecha también asignada a las localizadas en una casa de Jerusalem (Shiloh – Tarler 1986: 200-206), sin olvidar las recogidas en el templo C de Selinonte y en el de Cuccureddus, este último con una fecha que comprende los siglos VII-VI a.C., por lo que también en estos casos los archivos se asociaban a conjuntos templarios (Marín Ceballos – Jiménez Flores 2004: 223).

Es bastante factible que muchas de estas obras estuviesen depositadas en archivos vinculados a diversos templos de Cartago, dado que Plutarco (*De facie* 26, 942C) alude a ciertos libros santos conservados en este tipo de instalaciones (Lipiński 1992: 263). En el mismo sentido incide una noticia de Elio Arístides (*Or.* XXXVI, 93-94), según la cual los generales cartagineses tenían por costumbre depositar una copia escrita de sus gestas en un santuario oficial, como nos consta hizo, por ejemplo, el propio Aníbal. Otro tanto sucedería con el periplo de Hannón, que según el propio texto conservado estaba expuesto en el templo del dios Cronos, el Baal semita (Garzón Blanco 1987: 81), mientras que Plinio (*N.H.* V, 36) y Solinos (F56) apuntan al templo de Juno-Tanit, aunque como hemos visto no es extraño que diferentes deidades puedan adorarse en un mismo lugar, como sucede en el edificio citado con anterioridad, sin que podamos descartar que incluso se trate del templo recogido por ambos autores. La existencia de bibliotecas inmersas en edificaciones religiosas es un hecho habitual en Grecia, Roma y Egipto, como acontece con la biblioteca alejandrina (Delia 1992: 1451), donde sabemos con seguridad que desde el siglo III a.C. los libros eran conservados en más de un sitio (Jevenois 2000: 34-35).

Nos consta, además, que los templos fenicios tenían, junto a una clara finalidad política y económica, una importante faceta cultural en virtud de la cual ejercían de centros en los que se acumulaban no sólo conocimientos de muy variada temática, sino también valiosos documentos oficiales, en cuya transmisión los sacerdotes jugaban un papel muy destacado (Marín Ceballos – Jiménez Flores 2004: 218-21).

No cabe duda de que estos archivos o bibliotecas debieron contar con un personal especializado, creemos que muy posiblemente los propios escribas y sacerdotes. La existencia de escribas en el seno de la sociedad fenicia era algo habitual ya desde la Edad del Bronce (Belmonte 2003:

344), como podemos ver en los archivos de Biblos, Tiro o Ugarit, lugar este último que nos ha proporcionado decenas de nombres de escribas vinculados tanto con la corte real como con los templos (Bonnet 1991: 163). Este puesto, que a veces podía llegar a ser hereditario, pero que también se transmitía de maestro a discípulo, gozaba de un alto prestigio en el seno de esta sociedad y formaba parte de una jerarquía encabezada por el jefe de los escribas, siendo muy usual que mantuviesen una profunda relación con los templos (Bonnet 1991: 151-57; Marín Ceballos – Jiménez Flores 2004: 220).

3. LOS AVATARES DE UNA PÉRDIDA

Sin entrar ahora en la cuestión del origen de esta biblioteca, aspecto sobre el que se sigue ciñendo un velo de absoluto misterio, hemos de confesar que realmente es muy poco lo que sabemos sobre los avatares que sufrió tras su destrucción, así como de las circunstancias que hicieron posible la salvación de las obras rescatadas. Intentar determinar qué sucedió con estos libros es una tarea realmente ardua y sobre la que únicamente podemos apuntar algunos indicios. Aún así, intentaremos reconstruir hasta donde sea factible la historia de esta pérdida.

Finalizado el saqueo a que fue sometida Cartago durante seis días con sus noches por las tropas de Escipión (Huss 1993: 305), tenemos la certeza, gracias a Plinio el Viejo (*N.H.* XVIII, 22), de que estos libros pasaron a manos de los monarcas nómidas con los que Roma se había coaligado, o al menos una parte de los mismos, pues si hacemos caso al comentario ya citado de Plutarco algunos de ellos fueron escondidos bajo tierra durante un período de tiempo imposible de precisar, pero que parece fue prolongado, lo que implica que fueron sacados de la ciudad en llamas sin que los conquistadores lo pudiesen evitar, tal vez porque se trataba de obras custodiadas en distintos archivos.

Por nuestra parte pensamos que es muy posible que el primer destinatario de estos textos no fuese otro que Gulusa, uno de los tres hijos de Masinisa y el único que acompañó a las legiones de Escipión en su campaña africana. Nuevamente es Plinio (*N. H.* XVIII, 5, 22) quién nos indica que ya estaban en manos de estos gobernantes africanos cuando, a poco de caer Cartago, el Senado romano ordenó la traducción al latín de alguno de ellos, en concreto la obra agrícola de Magón, para lo que se creó una comisión dirigida por Décimo Junio Pisón (Domínguez Petit 2004: 189).

A la muerte de Gulusa el poder pasó a manos de Micipsa, quien lo retuvo entre el 140 y el 118 a.C., fecha en que falleció. Tras diversos acontecimientos reinó Yugurta hasta el año 105 a.C., instante en el que los romanos entronizaron a Gauda hasta su muerte en 88 a.C. Fue entonces cuando Roma optó por dividir el reino en dos partes, la occidental para Mastabar y la oriental para Hiempsal II. Afortunadamente, Salustio (*Bell. Jug.* XVII, 7) nos permite averiguar que estos libros se encontraban en la corte de Hiempsal desde el 88 al 60 a.C., ya que el propio Salustio se valió de dichos relatos, que ordenó traducir, para escribir su *Guerra de Jugurta* entre los años 41-40 a.C. (Krings 1990: 110), a los que tuvo fácil acceso gracias a que fue el primer gobernador impuesto por Roma en la provincia de África Nova y, por tanto, tenía un fluido contacto con dicha casa real (Fantar 1999: 141). Lo que no resulta seguro es si estos *libri* abarcaban la totalidad de la herencia recibida, si entonces ya se habían disgregado algunos de la colección, o si una parte pudo terminar en manos de Mastabar.

Sea como fuere, lo cierto es que ese último año Iuba I accedió al trono real hasta que murió en 46 a.C. al enfrentarse a las tropas de César, por lo que el reino mauritano volvió nuevamente a dividirse en una parte oriental bajo el gobierno de Boco II y otra occidental mandada por Bogud, si bien una guerra entre ellos dió la victoria al primero, por aquel entonces aliado de Octavio. Muerto Bogud sin herederos legó el reino al pueblo romano, siendo en 25 a.C. cuando Augusto decidió nombrar rey de Mauritania a Iuba II, el cual vivió hasta el año 26 de nuestra Era. Y es ésta una de las últimas pistas que tenemos acerca de estos escritos, pues como confirma Amiano Marcelino (XXII, 15, 8) todavía se conservaban en su corte. Más preciso se muestra Ateneo (III, 25) cuando afirma que el monarca mauritano conoció el texto del periplo de Hannón. Incluso parece que escribió, entre otras obras de contenido histórico, geográfico o literario, un libro titulado *Las andanzas de Hannón*, en el que de forma novelada abordaba este célebre periplo (López Pardo 2000: 61), aunque más tarde volveremos a tratar esta cuestión.

No deja de ser interesante constatar a este respecto un matiz diferenciador entre los textos consultados por Salustio, de carácter histórico, y los que conservaba Iuba II, eminentemente geográficos, sin que por desgracia podamos determinar si esta diferencia obedece a que cada uno consultó una obra de temática diferente en función de sus propios gustos y pretensiones, o bien en época de Iuba la colección había menguado de manera considerable.

En este sentido podemos plantearnos si algunos de estos libros púnicos pudieran haber pasado a formar parte de las bibliotecas privadas de la familia Escipión. Ciertamente fue práctica habitual durante la República romana que los generales victoriosos se apoderasen de las bibliotecas más importantes de los lugares conquistados y saqueados, como hicieron, entre otros, Sila o Lúculo (Calderón Rondón 2002: 4). No olvidemos que un par de décadas antes de la toma de Cartago el padre del Africano, Emilio Paulo, había derrotado a los macedonios y repartido su espléndida biblioteca real entre Escipión Emiliano y su hermano, de manera que dicha *gens* contaba con una de las mejores bibliotecas de la Roma republicana, en la cual era posible encontrar obras griegas que difícilmente se hallaban en otras de su entorno (Casson 2003: 72-73). ¿Pudo Escipión apropiarse de algunas de las obras existentes en la ciudad norteafricana?. Aunque a priori pudiéramos pensar en el problema de la lengua, pues no parece probable que Escipión supiera fenicio, no debemos olvidar que muchos de los libros escritos por autores cartagineses debieron estar redactados en griego, como veremos más adelante, lengua que sí dominaba el general romano. Por desgracia las fuentes nada dicen en este sentido, aunque no cabría descartar que las obras entregadas a los reyes nómadas pudieran ser las no escritas en la lengua de Homero, como señalaría la obra de Magón.

A tenor de lo expuesto podemos decir que los datos en apariencia más fiables sobre el devenir de estas obras nos remiten a los monarcas nómadas, aunque no todas terminaron allí pues algunas fueron recuperadas por los cartagineses sin que sepamos qué pasó con ellas, e incluso no cabe descartar que otras pudieran llegar a la propia Italia. El misterio se cierne irremediablemente sobre las mismas sobre todo tras el cambio de Era, concretamente con el fallecimiento de Iuba II, y ello a pesar de que Apuleyo (*Florida* 18, 8) asevera que en el siglo II d.C. Cartago contaba con una biblioteca (Casson 2003: 121, 123), pues nada sabemos tampoco acerca de los volúmenes que integraban esta nueva colección.

A partir de aquí la pista se pierde, pues si bien se ha considerado que en fecha tan tardía como son los siglos V-VI de nuestra Era San Agustín (*Epis.* XVII, 2) hace aún referencia a estos libros, en la actualidad tiende a pensarse que esta denominación puede corresponder a una figura más o menos retórica (Mazza 1997: 632), bajo la que posiblemente se esconden obras redactadas con posterioridad a la conquista e incluso en la Antigüedad tardía, por lo que resulta sumamente complejo valorar su papel como prueba que avale que estos libros todavía sobrevivían (Fer-

nández Ardanaz 1991: 144-45). Sin embargo, es posible que alguno de estos escritos pudiera haber pervivido hasta los últimos momentos del mundo clásico, pues en fecha tan tardía como es el siglo IV d.C. Avieno (*O.M.* 114) alude a unos viejos anales púnicos en los que encontró datos sobre el periplo del almirante Himilcón (Gavala 1992: 70).

4. CONTENIDO DE LAS OBRAS

A tenor de la fragmentada información disponible podemos establecer una serie de temas que se hallaban presentes en los registros cartagineses, como son las obras de temática agrícola, filosófica, religiosa, histórica, legislativa y tratados internacionales, náutica y geografía. Repasemos a continuación con un poco más de detalle qué sabemos sobre cada uno de estos aspectos, información que es preciso reconocer varía sustancialmente según el tema estudiado.

4.1. *Tratados agrícolas*

Es uno de los campos sobre los que tenemos más datos, pues sabemos que una vez finalizada la III Guerra Púnica el Senado romano tomó la decisión de traducir al latín un tratado de agronomía de carácter enciclopédico escrito por Magón, considerado por Columela como el padre de la Agronomía. Lo cierto es que, a pesar de su gran fama, este nombre sigue representando para nosotros un enigma por cuanto desconocemos todo lo que rodea a su figura y cronología. Tan es así que, aunque suele aceptarse que se refiere a un posible miembro de la nobleza que habría vivido entre fines del siglo IV y comienzos del III a.C. (Domínguez Petit 2004: 182), ello no resulta obstáculo para que haya quien considere que no se trata de un personaje real, pues también se ha sugerido que bajo este nombre simbólico se ocultaría en realidad un amplio bagaje cultural perteneciente a diversos autores desconocidos (Mahaffy 1890: 31-32).

Este tratado estaba compuesto por 28 libros de los que se han conservado 66 fragmentos, si bien es preciso hacer constar que para algunos esta cifra no representaría el tamaño original de la obra, sino que sería el resultado de la acumulación de datos a lo largo de un dilatado espacio de tiempo (Mahaffy 1890: 32). Su contenido comprende aspectos de viticultura, topografía, medicina veterinaria, apicultura y arboristería frutal, amén de indicaciones en las que defiende que las propiedades no debían

ser muy extensas o que el propietario no se ausentase del lugar (Domínguez Petit 2004: 184).

Con posterioridad se hicieron otras cuatro traducciones al griego, siendo incluido en nuevos tratados latinos, aunque disminuyendo el número de libros. Ejemplo de este proceso de progresiva disminución de su contenido es que medio siglo después de la traducción encargada por el Senado de Roma, Casio Dionisio de Útica la redujo a veinte libros, que con Diófanos de Bitinia hacia el 60 a. C. quedaron limitados a seis, en tanto poco después Polión de Tralles los volvió a dejar en solamente dos (Domínguez Petit 2004: 184, 186-87).

De todas formas, Magón no debió ser el único tratadista cartaginés que incidió en este mismo tema, ya que Columela (*De Agric.* 1, 1, 6; 12, 4, 2) indica expresamente que existían varios escritores que se centraron en esta cuestión, si bien, salvo un tal Amílcar, no hace ninguna matización sobre quiénes podían ser ni sobre la profundidad de sus trabajos (Domínguez Petit 2004: 180).

4.2. *Tratados filosóficos*

Parece factible que también estuvieran almacenados escritos de carácter filosófico aunque nuestra información es ciertamente reducida. Ello no nos impide saber, sin embargo, que en esta ciudad existió una escuela filosófica de corte pitagórico (Huss 1993: 335; Mazza 1997: 629), corriente que parece haber gozado de una amplia aceptación en el ámbito fenicio colonial, pues también en Gadir hubo una escuela platónico-pitagórica al menos en el siglo I d.C. representada por un autor como Moderato que escribía sus obras en griego (Ramos Jurado 2003: 154-59).

4.3. *Tratados históricos*

Aunque Polibio (*Hist.* IX, 22-26) expone la existencia de historiadores cartagineses, en esta ocasión cabe plantear la posible presencia de tratados de esta naturaleza merced a una muy discutida cita de Salustio (*Bell. Jug.* 17, 7-18, 12) sobre los libros púnicos del rey Hiempsal, de los que habría extraído una teoría sobre el poblamiento del norte de África. Como se ha puesto de manifiesto (Morstein-Marx 2001: 188-97), dicha teoría representa un excursus o digresión bastante heterodoxo respecto a los modelos griegos y romanos, por lo que cabría considerar como un producto elaborado a partir de referencias indígenas.

El problema estriba en la interpretación que se haga del texto (Lancel 1994: 327), pues aún se discute si se trata de Hiempsal I o II. Pero además, y con independencia del rey aludido, tampoco está claro si con el genitivo empleado, *regis Hiempsalis* (Klings 1990: 111), se nos indica si fue este monarca quien escribió los libros sobre la historia del continente africano en los que se basó Salustio, o bien si habría extraído dicha información de libros escritos por cartagineses y que le pertenecían, aunque es preciso indicar que parece haber cierto consenso favorable a la segunda posibilidad (Matthews 1972: 331-32; Delgado Delgado 2001: 37).

Se ha señalado también la probable existencia de biografías sobre Aníbal escritas en griego por el siciliota Silenos de Caleacte y el espartano Sosilos, maestro de griego de Aníbal, ambos cronistas oficiales del caudillo cartaginés que le acompañaron en su empresa italiana. Según comentan Polibio (*Hist.* III, 33, 8; XII, 6, 1) y Tito Livio (*Ab Urb.* XXVIII, 46, 16), éste hizo grabar en fenicio y griego tales gestas el año 205 a.C. en el templo de Hera en Lacinio (Lancel 1994: 327), siendo bastante probable que se limitara a continuar con una antigua tradición en función de la cual, según recoge Elio Arístides (*Or.* XXXVI, 93-94), los generales cartagineses solían escribir sus hazañas haciendo entrega de las mismas a un santuario para que las preservase (Marín Ceballos – Jiménez Flores 2004: 225).

Es muy poco lo que nos ha llegado acerca de la producción de estos dos autores, la cual se encuentra repartida entre varios textos griegos y romanos posteriores (Briquel 2000: 124). Así, del primero únicamente se conservan dos fragmentos en los que recoge la noticia sobre las fuentes usadas por Iuba II en su estudio sobre las fuentes del río Nilo, así como sobre el viaje emprendido por Hannón. También sabemos que Silenos trató sobre Gadir y su santuario de Melqart, donde habla del régimen hídrico de una de sus fuentes y, aunque desconocemos su relato de las gestas de Aníbal, cabe indicar que establece una interesante vinculación entre el caudillo cartaginés y Hércules en lo que se ha dado en llamar una «vision héracléenne de l'entreprise d'Hannibal» (Briquel 2000: 126), a partir de la cual se nos muestra en un papel guerrero pero al mismo tiempo civilizador, todo ello dentro de una tónica hostil hacia Roma y benévola con los galos, aliados de Aníbal en la guerra.

4.4. *Tratados religiosos*

Son éstas un tipo de obras sobre cuya existencia siguen cerniéndose sombras, pues solamente contamos con una alusión ya citada de Plutarco (*De*

facie 26-30) respecto a una serie de pergaminos de contenido sagrado que fueron rescatados de la ciudad y escondidos bajo tierra (Lancel 1994: 327).

Algunos autores han sugerido que Salustio (*Bell. Jug.* LXXIX) pudo usar este tipo de fuentes para aludir al célebre episodio de los Filenos, así como sobre el relato de la muerte de Hércules-Melqart en Gadir en cuyo templo habría sido enterrado (Matthews 1972: 334). Sin embargo, es preciso ser prudentes en este sentido, pues el relato de los Filenos no parece insertarse fácilmente en el marco cultural cartaginés, sino que responde más bien a una concepción greco-romana (Ribichini 1991: 396-400).

4.5. *Tratados internacionales y legislativos*

Podemos preguntarnos si también se conservarían documentos de estas características, pues aun cuando no tenemos noticias directas al respecto, sabemos que Cartago firmó varios tratados con diversas potencias de su época. Algunos de ellos se refieren a pactos establecidos con Roma, en concreto los fechados en los años 509, 348, 278 y 241 a.C., si bien es preciso señalar que todavía persisten algunas dudas respecto a si en realidad fueron cuatro o sólo tres los tratados firmados y la cronología precisa de alguno de ellos (Cary 1919: 65-70; Scardigli 1991: 30-33). Polibio (*Hist.* II, 26) nos comenta que en Roma aún se guardaban en la oficina de los ediles del Capitolio las tablas de bronce en las que se habían grabado los tratados internacionales firmados entre esta potencia y Cartago, tratados que habían sido jurados delante de los dioses de ambos contendientes. Uno de ellos datado a finales del siglo VI a.C. era tan arcaico que incluso el propio Polibio reconoce no entender bien el latín en el que fue redactado (Teixidor 1994: 136).

Tal vez debamos sumar a éstos algún tratado más como podría ser el del Ebro pactado entre Asdrúbal y Roma en el año 226 a.C. (Polibio *Hist.* II, 13, 7; VI, 19, 4) y cuya vulneración ha sido considerada causa directa del inicio de la Segunda Guerra Púnica. Otro tratado internacional que debió estar igualmente depositado fue el firmado entre Aníbal y Filipo V de Macedonia el año 215 a. C, el cual es conocido, una vez más, merced a las noticias que nos ha legado Polibio (*Hist.* VII, 9, 2-3). Al parecer éste habría sido redactado en griego y púnico (Lemaire 1986: 220-21), y en él se hacía alusión a distintas divinidades cartaginesas de tal forma que recuerda el tratado suscrito mucho siglos antes entre Asarhadon y el rey de Tiro, lo que ha sido interpretado como un signo de conservadurismo estatal (Lancel 1994: 195-96).

En consecuencia, si tenemos presente estos hechos no parece arriesgado imaginar que en la ciudad de Dido se hubiese custodiado una copia de estos tratados, al igual que nos consta había sucedido en Roma, sobre todo si tenemos en cuenta el carácter oficial de los mismos. De hecho parece plausible considerar que, junto a los establecidos con la ciudad del Tíber, también debieron custodiarse todos los tratados internacionales establecidos entre Cartago y cualquier otra potencia como garantía del cumplimiento de lo escrito en ellos por cualquiera de las partes.

4.6. Tratados de navegación y geográficos

Aunque generalmente suele admitirse que Cartago contó con periplos que favoreciesen la navegación de sus embarcaciones, no por ello resulta menos espinoso abordar esta cuestión dado que aún subsisten serias dudas sobre los dos únicos relatos de los que nos han llegado noticias: los periplos de Hannón e Himilcón.

En cuanto al periplo de Hannón cabe indicar que se conserva merced a un pergamino datado en el siglo IX/X d. C. (Garzón Blanco 1987: 41-44), siendo uno de los textos helenos que presenta problemas de transmisión muy poco comunes en la literatura greco-romana (Hair 1987: 47). Redactado en griego de época helenística (Gozalbes Cravioto 1993: 11; Desanges 2000: 143), se ha sugerido que podría tratarse de una traducción a este idioma de un texto original que no parece ser anterior al siglo II a. C. (Hair 1987: 45, 51), siendo así que incluso ha llegado a plantearse si no fue realizada al destruirse la capital (Gozalbes Cravioto 1993: 11-12). En este sentido no deja de ser interesante constatar, según hace V.J. Matthews (1972: 332-33), cómo la historiografía griega y latina parece desconocer por completo este viaje antes de la caída de la urbe norteafricana.

Sin entrar en un estudio a fondo del periplo cabe indicar la existencia de distintas opiniones sobre el mismo, que oscilan entre los que defienden su autenticidad aun cuando consideran refleja un fondo de verdad bastante alterado (Picard 1982: 149; Desanges 2000: 146), y quienes directamente le niegan cualquier validez histórica al tenerlo por un mero artificio literario (López Pardo 2000: 64). Ya dijimos anteriormente que en el texto del periplo se indica que estuvo grabado en unos de los templos de Cartago, aunque, puesto que este comentario aparece en el título que encabeza el pergamino, se ha llegado a plantear si no se trata de un añadido o interpolación realizada por un copista que no existía en el

texto originario (Hair 1987: 47-48; Mederos Martín – Escribano Cobo 2000: 84-85). Respecto al dato pliniano según el cual las pieles de los gorilas capturados en el transcurso del viaje estuvieron depositadas en Cartago hasta el momento en que la ciudad fue tomada por Escipión, cabe indicar que su veracidad depende de la postura historiográfica que se asuma, dado que si para algunos es un claro influjo del mito heleno de las Górgonas (Desanges 2000: 143-44), otros se muestran en completo desacuerdo con dicha postura (Picard 1982: 176). En realidad, hoy en día parece difícil sostener que el pergamino de Heidelberg sea una copia fiel de dicho texto, lo que no significa que quepa descartar en absoluto la existencia en uno de sus templos de un relato de esta naturaleza.

En cuanto al periplo de Himilcón, es preciso indicar que sólo se conoce por algunos comentarios que hace Avieno (*O.M.* 114-129; 375-389; 402-415) y que, según él, procederían de antiguos anales púnicos a los que habría accedido. Sin embargo, es opinión hoy generalizada que la cuestión de las heterogéneas fuentes empleadas por este autor latino es un asunto mucho más complejo. Así, si en un principio se pensaba que el texto básico se debía a un marino marsellés del siglo VI a.C. llamado Eutimenes, que habría pasado por las manos de un compilador anónimo del siglo I a. C. (Schulten 1979: 110-15), en la actualidad se acepta que sus fuentes pudieron ser los propios navegantes fenicios occidentales (Alvar 1995: 24-26). Sea como fuere, y aunque todavía no sea factible discernir con precisión el origen de los anales consultados por Avieno, parece claro que el texto del viaje de Himilcón es una interpolación en el conjunto general de esta obra (Alvar 1995: 23).

En otro orden de cosas, se ha planteado que el rey Iuba II basó sus conocimientos geográficos sobre las fuentes del Nilo en libros púnicos que conservaba en su corte, como recoge Amiano Marcelino (XXII, 15, 8), fuentes que indicaban que el origen de este cauce fluvial se encontraba en un monte de Mauritania (Matthews 1972: 333; Huss 1993: 334).

Algo similar sucede con las navegaciones que este monarca habría llevado a cabo supuestamente en el archipiélago canario, expedición que habría recogido Plinio basándose en Seboso (*N.H.* V, 1, 10). Aunque por la forma en la que el texto pliniano describe las islas queda claro que existió un viaje real hasta estas aguas, en la actualidad se discute si esta expedición atlántica fue llevada a cabo por Iuba II o si, en realidad, este monarca se limitó a recoger una serie de datos que encontró en los libros cartagineses que había heredado de sus antepasados (Delgado Delgado 2001: 37). En cualquier caso, no deja de ser interesante comprobar cómo

las expediciones emprendidas por Polibio hacia aguas atlánticas bajo mandato de Escipión tuvieron lugar una vez conquistada Cartago, lo que podría hablar a favor de un conocimiento directo de ambos periplos, los cuales habrían servido de estímulo para efectuar su viaje (Matthews 1972: 333; Millán León 1998: 141, 151-52).

5. CONCLUSIONES

Podemos decir que tratar de recomponer el contenido de las obras conservadas en los archivos cartagineses es una tarea prácticamente imposible, pues los escasos fragmentos y alusiones recogidos por autores griegos y romanos sobre las mismas apenas nos permiten conocer más que retazos aislados. Aún así, podemos comenzar a hacernos una idea de la importancia que debieron tener sus colecciones, máxime si tenemos en cuenta la repercusión que tuvo la obra de Magón para la agricultura romana, o la de los periplos náuticos sobre las expediciones romanas al océano Atlántico.

Es muy posible que estos libros procedieran de distintos archivos, bien de carácter estatal o religioso. Ciertamente ya desde el III milenio a.C. es factible mencionar bibliotecas asociadas a palacios y casas reales, de las que pueden ser buenos ejemplos las localizadas en Ebla, Hattusa o Nínive (Casson 2003: 17-23). Cabe dentro de lo posible que las obras se depositaran en uno u otro lugar en función de su naturaleza o importancia. Ahora bien, hemos de tener presente que en Cartago no hubo institución monárquica alguna y que las escasas referencias que tenemos nos remiten al papel jugado por los templos a la hora de albergar documentos públicos, por lo que pensamos que el grueso de estas colecciones debió custodiarse en este tipo de edificaciones sagradas.

En cuanto al soporte material empleado para su confección, cabe considerar la preeminencia del papiro, el material sin duda más utilizado durante toda la Antigüedad clásica para este tipo de cuestiones (Casson 2003: 35-36), y que debió ser asiduamente empleado en todo el ámbito colonial fenicio como evidencian las *bullae* recuperadas en distintos yacimientos semitas (Bonnet 1991: 156). No obstante, este hecho no descarta que pudieran usarse también otros soportes como el cuero o tablillas enceradas (Belmonte 2003: 343), así como algunos menos perecederos, caso del bronce, si bien pensamos que la utilización de este metal quedaría restringida a documentos de contenido más o menos oficial.

La temática comprendida debió ser muy variada, incluyendo tanto obras de marcada utilidad práctica, como pueden ser los libros de agricultura o navegación, junto a importantes documentos oficiales y religiosos, amén de otros en los que se recoge el saber acumulado (historia, filosofía...).

Respecto a la lengua en la que estaban elaborados estos textos podemos suponer que obviamente la mayor parte debió estar escrita en fenicio, si bien no cabe descartar que existiera un considerable número de obras redactadas en griego como resultado del pujante influjo del helenismo, sobre todo en los siglos más cercanos a la toma de la ciudad. Ello es perceptible incluso en la propia metrópolis, donde a partir del siglo IV a.C. la lengua empleada por los escritores fenicios no era otra que el griego (Garbini 1991: 494), sin contar con que en no pocas ocasiones estas obras fueron redactadas por historiadores helenos, como acontece por ejemplo con los cronistas oficiales de Aníbal (Momigliano 1979: 19).

Sobre el número de volúmenes que guardarían nada podemos decir. Incluso para la Gran Biblioteca de Alejandría existen cifras bastante dispares, que oscilan entre los que piensan que llegó a alcanzar el millón de ejemplares (Jevenois 2000: 29) y los que rebajan esa cantidad a 490.000 rollos de la biblioteca principal y 42.800 para la secundaria (Casson 2003: 40), todo ello teniendo en cuenta que el número real de obras depositadas era sensiblemente menor dado que de muchas de ellas existían varias copias (Delia 1992: 1458-59). Aunque bien es cierto que ninguna otra pudo rivalizar con esta biblioteca ptolemaica y que las de Cartago debieron tener un tamaño mucho menor, ello no es obstáculo para que posiblemente la cartaginesa pueda considerarse más antigua. Aunque elevar esta datación depende de la veracidad y fecha que otorguemos a los periplos de Hannón e Himilcón, así como el primer tratado con Roma, pensamos que la existencia de otros tratados que podemos situar sin temor en el siglo IV a.C. hace que sea más antigua que la alejandrina.

Queda claro, por tanto, que Cartago debió contar con importantes colecciones escritas conservadas en sus templos. Aunque sea realmente difícil establecer el peso posterior que tuvo esta literatura comenzamos a intuir que su influencia en el mundo romano debió ser mayor de la que a veces se ha pensado, lo que no hace sino agravar aún más su pérdida.

BIBLIOGRAFIA

- Alvar J. 1995
Avieno, los fenicios y el Atlántico, in *Kolaios* 4, 21-37.
- Belmonte J.A. 2003
Escribas y archivos en el mundo fenicio-púnico, in *De la tablilla a la Inteligencia Artificial. Homenaje al prof. Jesus-Luis Cunchillos en su 65 aniversario*, Zaragoza, 341-62.
- Berges J. 1998
Los sellos de arcilla del archivo del templo cartaginés, in *Cartago fenicio-púnica. Las excavaciones alemanas en Cartago 1975-1997* (= *Cua-dAMed*, 4), Barcelona, 111-32.
- Bonnet C. 1991
Les scribes phénico-puniques, in *Phoinikeia Grammata. Lire et écrire en Méditerranée. Actes du Colloque de Liege, 15-18 novembre*, Namur, 147-71.
- Briquel D. 2000
La propagande d'Hannibal au début de la deuxième guerre punique: remarques sur les fragments de Silénos de Kaléaktè, in *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cadiz, 2 al 6 de Octubre de 1995, Cádiz, I, 123-27.
- Calderón Rondón H.A. 2002
Archivos y bibliotecas en la Antigüedad, in *Pasado y Presente. Revista de Historia*, 1-6.
- Cary M. 1919
A Forgotten Treaty between Rome and Carthage, in *JRS* 9, 67-77.
- Casson L. 2003
Las bibliotecas del mundo antiguo, Barcelona.
- Delgado Delgado J.A. 2001
Las islas de Juno: ¿hitos de la navegación fenicia en el Atlántico en época arcaica?, in *AnchHistB* 15, 1-2, 29-43.
- Delia D. 1992
From Romance to Rhetoric: The Alexandrian Library in Classical and Islamic Traditions, in *The American Historical Review* 97, 5, 1449-67.
- Desanges J. 2000
D'une corne à l'autre: retour sur le Périple d'Hannon, in *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, Cadiz, 2 al 6 de Octubre de 1995, Cádiz, I, 141-46.
- Domínguez Petit R. 2004
Fuentes literarias para la agricultura cartaginesa. El tratado de Magón, in *Habis* 35, 179-92.
- Fantar M. 1999
Sur les traces des libous, ancêtres des berbères, in *RendLinc* 11, 141-56.
- Fernández Ardanaz S. 1991
Pervivencia del mundo púnico en el Mediterráneo Occidental de los siglos IV-V d.C.: estudio filológico y crítico-histórico de los testimonios literarios, in *Antigüedad Cristiana* 8, 137-67.
- Garbini G. 1991
La letteratura dei Fenici, in *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 9-14 novembre 1987, Roma, II, 489-94.
- Garzón Blanco J. 1987
Hannon de Cartago, Periplus (Cod. Palat. 398 fol.55r-56r), in *MemHistAnt* 8, 81-85.
- Gavala J. 1992
Geología de la costa y bahía de Cádiz. El poema Ora Marítima de Avieno, Cádiz.

Los libros púnicos de cartago

- Gozalbes Cravioto E. 1993
Algunas observaciones acerca del periplo de Hanno, in *HispAnt* 17, 7-20.
- Hair P.E.H. 1987
The Periplos of Hanno in the History and Historiography of Black Africa, in *History in Africa* 14, 43-66.
- Huss W. 1993
Los cartagineses, Madrid.
- Jevenois P. De 2000
El fin de la Gran Biblioteca de Alejandría: la leyenda imposible, in *Revista de Arqueología* 230, 26-41.
- Krings V. 1990
Les libri punici de Salluste, in *L'Africa romana. Atti del VII Convegno di Studio Sassari, 15-17 dicembre 1989*, Sassari, I, 109-17.
- Lancel S. 1994
Cartago, Barcelona.
- Lemaire A. 1986
Les écrits phéniciens, in *Écrits de L'Orient Ancien et Sources Bibliques*, Paris, 215-39.
- Lipiński E. 1992
Littérature, in *Dictionnaire de la Civilisation Phénicienne et Punique*, Turnhout, 263-64.
- López Pardo F. 2000
El empeño de Heracles. (La exploración del Atlántico en la Antigüedad), Madrid.
- Marín Ceballos M. – Jiménez Flores A.M. 2004
Los santuarios fenicio-púnicos como centros de sabiduría: el templo de Melqart en Gadir, in *Actas del III Congreso Español de Antiguo Oriente Próximo, Sesión Siria-Palestina y su influencia en el Mediterráneo Occidental, Huelva, del 30 de Septiembre al 3 de Octubre de 2003 (= HuelvaA, 20)*, Huelva, 216-39.
- Mahaffy J.P. 1890
The work of Mago on Agriculture, in *Hermathena* 7, 29-35.
- Matthews V.J. 1972
The libri punici of king Hiempsal, in *AJPh* 93, 330-35.
- Mazza F. 1997
L'immagine dei fenici nel mondo antico, in *I Fenici*, Milano, 629-53.
- Mederos Martín A. – Escribano Cobo G. 2000
El periplo norteafricano de Hannón y la rivalidad gaditano-cartaginesa de los siglos IV-III a.C., in *Gerión* 18, 77-107.
- Millán León J. 1998
Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a. C.-500 d. C.), Écija.
- Momigliano A. 1978
Greek Historiography, in *History and Theory* 17, 1, 1-28.
- Moor J.C. De 1988
Narrative poetry in Canaan, in *UF* 20, 149-71.
- Mostein-Maez R. 2001
The myth of Numidian origins in Sallust's African excursus (Iugurtha 17.7-18.12), in *AJPh* 122, 2, 179-200.
- Picard G.C. 1982
Le Périphe d'Hannon, in *Phönizier im Westen, die Beiträge des Internationalen Symposiums über Die phönizische Expansion im westlichen Mittelmeerraum in Köln vom 24. bis 27 April 1979*, Mainz am Rhein, 175-80.
- Ramos Jurado E.A. 2003
Moderato de Gades: estado de la cuestión, cronología y forma de vida, in *Habis* 34, 149-60.
- Ribichini S. 1991
I fratelli Fileni e i confini del territorio cartaginese,

Juan Antonio Martín Ruiz

- in *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici, Roma, 9-14 novembre 1987*, Roma, I, 393-400.
- Schulten A. 1978
Tartessos, Madrid.
- Teixidor J. 1994
Los cartagineses entre Aristóteles y Polibio, in *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Murcia, 131-39.
- Shiloh Y. – Tarler D. 1986
Bullae from the City of David: A Hoard of Seal Impressions from the Israelite Period, in *BibAr* 49, 4, 196-209.
- Scardigli B. 1991, *I trattati romano-cartaginesi*, Pisa.

SOMMARIO

DANIELA FERRARI

Vetri preromani in Sicilia

JOSÉ LUIS LÓPEZ CASTRO – FRANCISCO M. ALCARAZ HERNÁNDEZ

VÍCTOR MARTÍNEZ HAHNMÜLLER – LAURA MOYA COBOS – ANA SANTOS PAYÁN

Una factoría fenicio-púnica de salazones de pescado en Baria

(Villaricos, Almería, España)

RICARD MARLASCA MARTÍN

Luna atunera

MANUEL MARTINEZ

L'Egitto negli studi siciliani del Seicento

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ

Los libros púnicos de Cartago: a la búsqueda de un saber perdido